

NACIDA BAJO EL SOL DE ACUARIO (SERIE NACIDAS 2)

Florencia Bonelli



Fragmento

Bianca Rocamora consultó la hora de reojo: era tardísimo, las nueve y media de la noche.

—¡Bianca! —Irene Mattei detuvo el piano y la fulminó con sus ojos verde azulados—. ¡Estás desconcentrada! Fallaste en esa nota y le hiciste perder el hilo a todo el grupo.

Percibió las miradas compasivas de sus cuatro compañeras y el calor que le trepaba por las mejillas.

—Disculpe, profesora —susurró. No se le habría ocurrido tutearla ni llamarla por el nombre de pila. La mujer había fijado las reglas el primer día: “Para mis alumnos soy ‘profesora’ y nada de tratarme de vos, como hacen ustedes, los jóvenes, hasta para dirigirse al papa”.

—¿Por qué estás desconcentrada?

—Es tarde —se atrevió a señalar.

Hacía tres horas que ensayaban en el estudio de Irene Mattei, una de las mejores profesoras de canto lírico de Buenos Aires. Habían comenzado hacia las seis y media con ejercicios de respiración para relajar el cuello y las cuerdas vocales y para “ubicar” el

experimentaba lo mismo. Debido a que tu Luna esta muy cerquita de Neptuno —a esto, los astrólogos lo llamamos conjunción Luna-Neptuno—, percibís lo que tu mamá siente”, le había explicado la astróloga Alicia Buitrago hacía poco. “Vos y ella tienen una conexión casi telepática. Neptuno tiene poderes mágicos. Es el brujo, el hechicero del Zodíaco. No te asustes.”

Recibe antes que nadie historias como ésta

SUSCRIBITE

He leído y acepto las [condiciones legales](#) y acepto recibir comunicaciones electrónicas

Sí, se había asustado. La lectura de su carta natal —regalo de cumpleaños de Camila Pérez, su íntima amiga— la había asustado muchísimo porque le había revelado aspectos de sí misma que ella negaba, y también porque le había confirmado una sospecha: aquel 29 de enero de 1995, a las siete y veinticinco de la mañana, cuando asomó la cabeza en la sala de parto, los astros se habían asegurado de que su vida nunca sería simple, ni fácil.

—Sí, es tarde —admitió la profesora Mattei—, pero tenemos menos de un mes para ensayar, y como solo pueden venir dos veces por semana, es poco tiempo. Una profesional se debe a su trabajo, Bianca. Si querés llegar a ser una profesional, tenés que hacer sacrificios.

—Esta bien. Podes irte. ¿Ustedes pueden quedarse un momento mas?

—Sí —contestaron a coro las demás.

Bianca no sabía cómo enfrentar la siguiente conversación con la profesora Mattei. Fue recogiendo las partituras y metiéndolas lentamente en su bolsa, a la cual Lorena, su hermana mayor, calificaba de “colla”, mientras buscaba las palabras y la fortaleza para enfrentarla. Les rehuía a los conflictos y a los enfrentamientos, eso era un hecho, y, según Alicia, se debía a otra típica característica de los nacidos con el Sol en Acuario. De algún modo la tranquilizaba que Linda Goodman dijera que no eran cobardes, sino que simplemente no estaban creados para el combate. “Como sí lo está Leo”, reflexionó. Leo, su opuesto complementario. Leo, el signo de Sebastián Gálvez.

La profesora la acompañó por el largo pasillo hacia la salida. Se trataba de un departamento viejo, con techos altos y ambientes amplios, en el último piso de un edificio de la década de los cuarenta. Irene Mattei lo había remodelado y acondicionado de modo tal que el sonido no molestase a los vecinos.

—Profesora —susurró en un punto donde la oscuridad se acentuó—, no voy a cantar el domingo de Pascua en la catedral.

—¡Qué! —la mujer se detuvo en seco—. ¿Qué estás diciendo, criatura? ¡Bianca, mirame cuando te hablo!

Levantó la vista y la fijó en la rabiosa de Irene Mattei. “¡Qué linda es!”, se dijo por enésima vez, y la recordó en los videos que había visto en YouTube, cuando, de joven, la gran Mattei cantaba en los teatros líricos de Europa, Estados Unidos y Asia, maquillada y vestida con los trajes de los personajes que encarnaba. Sin duda, gran parte de la seguridad que había desplegado provenía de la certeza de ser magnífica. “Igual que Lorena”, concluyó.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que no vas a cantar en la catedral? ¿Por qué?



—Hace más de un año que estás bajo mi tutelaje, Bianca. Sé muy bien que estás preparada. El domingo de Pascua vas a cantar. No se hable más.

La tozudez de la Mattei se convirtió en un impacto doloroso para Bianca. Estaba amenazando lo que su naturaleza protegía con mayor celo: la libertad.

—No —insistió—, no lo haré.

Fue evidente el desconcierto de la profesora, que se quedó mirándola con los ojos como platos.

¿Era su libertad lo que estaba en juego o la horrorizaba convertirse en el centro, en el punto de análisis de cientos de personas? Según Alicia, en su carta existía una tensión muy marcada entre la energía de Urano —el loco, el excéntrico— y Saturno —el deber, la responsabilidad—, y esto le provocaba pánico al rechazo y a no “encajar”, a no ser aceptada, por lo que prefería encerrarse detrás de su sonrisa amable y sus ojos melancólicos a mostrar su verdadera naturaleza, que era vibrante, distinta y rara, como la de toda personalidad acuariana.

—¿Adónde vas? —la increpó Mattei.

Bianca había reanudado la marcha hacia la salida. Necesitaba irse, escapar.

—A mi casa. Es tarde.

—¡No te irás antes de arreglar este asunto! ¡No cambiaré el programa, Bianca! Ya están impresos los carteles y los anuncios publicados en la red, y tu nombre está en ellos. No podés decir primero que sí y después que no. Con esa actitud no llegarás jamás a ser una profesional.

Se le nubló la vista. Añoraba ser una cantante lírica profesional, y la sola mención de que no lo lograría le desgarraba el corazón. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, sin



Si por un instante pensó que Gálvez no la reconocería, su ilusión se hizo añicos.

—¡Bianca! ¿Qué hacés aquí?

Pocas veces la había llamado por su nombre por una simple razón: rara vez le hablaba. Y rara vez le hablaba no porque para él la elocuencia fuese un problema, todo lo contrario. La culpa era de ella, que se escondía al verlo y lo rehuía como si fuese el conde Drácula. Se acordó de las palabras de Camila cuando, por fin, se animó a confesarle que estaba enamorada de él desde hacía años. “¿De verdad?”, se había sorprendido. “¿Quién lo diría? Jamás me preguntás por él, y eso que sabés que Seba y yo somos muy amigos. Nunca lo mirás, nunca decís nada acerca de él.”

Lo miraba ¡y cómo! Pero lo hacía sin quedar expuesta; era una experta en eso. Y como para él, todo un rey león, resultaba vital que lo mirasen y admirasen, quienes no lo hacían se convertían en seres invisibles, como ella. “Para él no existo, soy lo mismo que el aire. Claro, sin el aspecto vital del elemento.”

—Hola —saludó con voz temblorosa, como en falsete. Pasó junto a él y salió al palier.

—¡Ey! —insistió Gálvez—. ¿Adónde vas?

—Dejala, Sebastián —intervino la Mattei, más calmada—. Dejala que se vaya, que es tarde. Mañana vos y yo vamos a hablar —añadió, y con el índice apuntó hacia Bianca—. A mí nadie me viene con caprichitos. Tengo una reputación que cuidar —cerró la puerta sin despedirse.

Bianca se quedó temblando en la recepción, los ojos bien abiertos perforando la oscuridad. No conseguía librarse del estupor. ¿Qué hacía Gálvez en lo de la profesora Mattei? ¿Por qué tenía las llaves del estudio? Escuchó las voces elevadas que se filtraban por los resquicios de la puerta y se aproximó con paso tímido e inseguro. Apoyó la oreja, y la chapa blindada le provocó un escalofrío.



—Somos compañeros del cole. ¿Por qué estaba llorando?

—Pretende dejarme plantada para la presentación del domingo de Pascua cuando ya tengo todo armado en torno a ella. Tiene una voz extraordinaria, la necesito.

“Ah, esta es buena. ¿Así que la gran Mattei piensa que tengo una voz extraordinaria? Me habría gustado que me lo dijera a mí en lugar de decirme que canto mal. Pero me gusta que se lo diga a Mr. Músculo.”

—Hay que presionarla, de lo contrario, ella no la sacará fuera.

Temió seguir escuchando. Se retiró de la puerta y, sin encender la luz del palier, llamó el ascensor. Una calidad irreal la dominaba. “¿De qué te sorprendés?”, se quejó. “¿Acaso Linda Goodman no afirma que a un Acuario puede pasarle cualquier cosa, y subraya lo de cualquier cosa?”

Si no hubiese estado tan ajustada con el dinero, habría tomado un taxi. Tenía miedo. Estaba sola en la parada del colectivo, y en la calle no había un alma. Hechos delictivos y de violencia protagonizaban los noticieros, sin mencionar que andaba suelto un violador al que la policía no conseguía atrapar y que había atacado en distintos puntos de la ciudad.

Se sobresaltó al sonido de un timbre, y enseguida se dio cuenta de que correspondía al portón automático del edificio de la Mattei, que se abría. Las ópticas de un automóvil bañaron de luz la vereda antes de que apareciera la trompa de un Peugeot 206, el cual avanzó lentamente y bien pegado al borde de la vereda. Se detuvo en la parada, y Bianca caminó hacia atrás, lista para huir.

La ventanilla polarizada del acompañante descendió, y apareció la cara perfecta de Gálvez. Su sonrisa de publicidad de Colgate le puso la mente en blanco.

—¿Cómo que “no, gracias”? Si tu amiga Camila se entera de que te dejé aquí sola para que el hijo de puta del violador se haga un festín con vos, me mata.

La amistad entre Camila y Sebastián Gálvez se cimentaba desde los días vividos en las sierras cordobesas el año anterior. Se trataban con la confianza y el cariño con los que ella jamás podría relacionarse con él.

—Vamos, Bianca. No me hagas bajar para obligarte a subir al auto.

Le gustaba que la llamase por su nombre. Con nadie le sucedía, jamás reparaba en cómo la llamaban. En cambio, con Gálvez cada detalle contaba, hasta un simple pestañeo. La enojó la dependencia a la que se sometía a causa de ese chico, por lo que se aproximó al Peugeot con paso decidido y con cara de fastidio. Gálvez abrió la puerta desde adentro, haciendo gala de su brazo apenas cubierto por la manga corta de la remera Lacoste. Era largo, fibroso y grueso, y un pelo rojizo le cubría el antebrazo. Horas de levantar pesas habían modelado los músculos y remarcado los tendones. “Mientras se infla como un sapo con las pesas, el cerebro se le achica como un maní”, concluyó, para atizar el fuego de la ira.

Subió embanderada en su enojo y lo usó como un escudo. Cerró con un golpe un poco más fuerte del necesario y fijó la vista en el parabrisas. Gálvez levantó el volumen de la radio, y Wake me up when September ends comenzó a sonar. Esa canción fue su perdición. Le gustaba la voz de Billie Joe Armstrong, sobre todo en Wake me up when September ends, que él había compuesto inspirado en lo que le pidió a su madre al regresar del entierro de su padre: “Despiértame cuando termine septiembre”. Apretó las manos en torno a su bolsa “colla” y se mordió el labio para reprimir el llanto.

“Cualquier cosa”, recordó. En verdad, a los de Acuario les suceden las cosas más disparatadas. Si no, ¿cómo se explicaba que ella se hallase confinada en el habitáculo de un auto, con el chico por el que suspiraba desde los trece, el cual jamás se había dignado



romperia, no a llorar, sino a gritar. —¿Que me pasa?— Esa sensibilidad no le resultaba conocida. Se aferró al pensamiento de su hermanita Lourdes, y se la imaginó en ese momento, hambrienta y fastidiosa, cranky, como decía la abuela Kathleen, que a pesar de haber llegado de Inglaterra más de treinta años atrás no abandonaba su lengua materna.

En el primer semáforo rojo, Gálvez la aferró por el mentón y la miró. Ella le permitió que lo hiciera hasta darse cuenta de lo que estaba sucediendo: Sebastián Gálvez estaba tocándola y mirándola con ojos seductores, de esos que usaba a menudo con otras. Bajó los párpados y apartó la cara.

—¿Por qué llorás?

A continuación sonó la canción de James Blunt You're beautiful, y Bianca habría jurado que el disk jockey de la radio se había confabulado con Gálvez y en su contra para hacerla quedar como una idiota.

—No le des bola a Irene. A veces es una yegua. ¿Qué te hizo?

Jamás conseguiría articular. Segundo tras segundo, la pelota en la garganta adquiría dimensiones alarmantes. Entonces, recordó que ella, en el último año, había desarrollado una gran habilidad para controlar su aparato respiratorio, no solo como consecuencia de los ejercicios para el canto lírico, sino por las técnicas que su tía Claudia le enseñaba para meditar. Y las aplicó. Respiró lenta y profundamente. Gálvez jamás habría adivinado lo que estaba haciendo porque utilizaba partes que los comunes mortales no usan, y su plexo solar no se movía. No obstante, sentía cómo el aire se deslizaba por su pecho, como si se tratara de un cilindro que comenzaba en la nariz y terminaba bajo el diafragma. La tensión la abandonaba, los músculos se relajaban, y ella adquiría el control.

—La profesora Mattei...

—¿Sí? —la animó él.

apretaba el acelerador. Extranamente, eso le transmitió seguridad, algo que poca gente le inspiraba porque su primer impulso era desconfiar.

Alicia afirmaba que la raíz de su desconfianza destacaba claramente en su carta natal. “No solo sos desconfiada porque así lo marca tu naturaleza acuariana, sino porque tenés Urano en la Casa XII, la casa de las vidas pasadas, de lo oculto, de lo misterioso. Tenés que volver a tu pasado, tal vez a cuando eras muy pequeña, tal vez a cuando estabas en el vientre materno, y comenzar a investigar si existió allí algún hecho que te haya marcado de una manera negativa. Y tu papá...”, dijo la astróloga, y estudió atentamente el mandala que era su carta. “Tu papá es una figura muy fuerte. ¿Ves? Tenés Saturno en la Casa I, la de la personalidad, lo cual te convierte en una persona muy responsable, que quiere agradar al padre, cumplir con los cánones de la sociedad. Sin embargo, tu padre...”

—Con Camila te veo charlar todo el tiempo, como una cotorra.

“¿Ah, sí? ¿Me ves charlar? ¿De verdad me ves, Gálvez?”

—Y ahora parece que te quedaste sin lengua.

Sonrió para mostrar un signo de normalidad.

—Es que estaba pensando que la Mattei tiene razón. Me comporté como una nena.

—¿Por qué? —la acicateó él al caer en la cuenta de que no agregaría nada más.

—Primero le dije que sí cantarí en una presentación y hoy le dije que no.

—Bueno, uno puede arrepentirse.

—No una profesional, sobre todo faltando menos de un mes. Es poco tiempo para este tipo de funciones.

—¿Cuándo es?

—¿Dónde? —insistió Gálvez, y, aprovechando el semáforo en rojo, la miró a la cara y le sonrió. Parecía feliz, como si el sentido de su existencia dependiera de esa respuesta. No se dejaría engañar, conocía bien sus dotes de seductor.

—En la catedral —respondió, sin convicción.

—¿A qué hora?

“¿A qué hora? ¿Por qué quieres saber?” Sabía por qué: estaba planeando ir. La sola idea le convirtió las piernas en gelatina. “No te preocupes”, se dio ánimos. “No iré. Sabés bien que los Ascendentes en Piscis son los eternos seductores y que dicen que te llamarán o que volverán a verte simplemente porque no pueden evitar halagarte y hacerte feliz. Pero no iré. Quedate tranquila.” Agradecía a su amiga Camila que le hubiera conseguido los datos de Gálvez para que Alicia trazase su carta natal, y le agradecía a esta que le hubiese cobrado poco para leérsela.

—A las seis.

—¡Voy a ir! Va a estar copado, ¿no? Oírte cantar como esas gordas de la ópera —rió con un sonido cristalino e inocente, casi de niño, que Bianca habría querido que repitiese—. Me cuesta imaginarte. Tan chiquitita...

—Pero no voy a cantar. Ya te dije que acabo de retirarme de la presentación.

—¡Ni se te ocurra! Irene dice que sos muy buena.

—¿De dónde la conocés? —disparó, cuando su querido Urano, “el loco” para los amigos, y regente de su signo, Acuario, se decidió a entrar en escena. Aunque “el loco” habría seguido preguntando (“¿Qué hacías en su estudio?”, “¿Por qué tenés las llaves?”, “¿Por qué te fuiste tan rápido? ¿Por mí?”), su Saturno en la Casa I entró corriendo y lo mandó callar.



—Fueron amigas en una época. Era nuestra vecina en el edificio en el que vivíamos cuando yo era chico, así nos conocimos.

—Entonces sabés que era muy famosa en el circuito de los teatros líricos durante los ochenta y al principio de la década de los noventa.

—Sí, sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cincuenta... Creo.

—No los aparenta para nada. Es hermosa, ¿no?

—Sí... No sé.

—Un día dejó todo para casarse con un empresario argentino —estaba claro, le costaba mucho menos hablar de los demás que de sí misma.

—Sí, lo sabía.

—Me resulta increíble.

—¿Qué?

—Que haya dejado todo por un hombre. Era muy famosa.

—¿Por qué te resulta increíble? —Bianca se lo quedó mirando, desconcertada por la hostilidad que él mostró de repente—. ¿Acaso vos no lo harías por el hombre al que amás?

“No”, habría dicho. En cambio, guardó silencio porque sabía que a él no le habría agradado la respuesta. Su ego leonino no lo habría aceptado. Ella estaba convencida de que, en una pareja, cada miembro debía realizarse y sentirse pleno; de lo contrario, no

vida, Bianca, es ser tan libre y distinta como Acuario te exige y no sentirte culpable por eso”.

—No, la verdad es que no —admitió, y se sintió orgullosa. Nada más ni nada menos que al magnífico Gálvez, al amor de su vida, le presentaba su cara rebelde, rara y contestataria.

—¿No? —se escandalizó él—. ¿Por qué no? Estamos hablando del hombre de tu vida.

“Sí”, pensó Bianca, “estoy hablando de vos”.

—Sí, el hombre de mi vida. Pero si él me ama, va a querer lo mejor para mí, y eso significará dejarme cumplir mi sueño de cantante.

—Pero esa vida implica viajes la mayor parte de año, estar lejos, separados.

—¿Y?

—¡Es imban cable! Un hombre no aceptaría que su mujer anduviese sola por el mundo.

—Podría acompañarme.

—¿Y si no puede? ¿Y si tiene que trabajar en Buenos Aires?

—Confiará en mí. Jamás lo traicionaría.

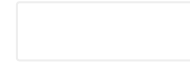
—Eso dicen todas.

—Yo no soy todas, Gálvez.

Él giró la cabeza y la observó sin molestarse en ocultar que la vehemencia y la convicción de Bianca lo habían sorprendido.

—Si Camila te quiere tanto es porque no sos como las demás.

“Camila, siempre Camila. Y yo, ¿qué? ¿Qué pensás de mí, Mr. Músculo?”



—Eso no quiere decir que no seré una cantante lírica.

—Pero no estás poniéndole ni media pila. Irene te ofrece una presentación en la catedral, nada menos, y la rechazás.

—No estoy preparada.

—Ella dice que sí. ¿Por qué decís que no estás preparada?

Sacudió los hombros. Hablar de sí misma no formaba parte de sus talentos. Cruzó los brazos y volvió a fijar la vista al frente. “¡Maldito barrio de Almagro que queda en la otra punta del mundo! ¿Podríamos llegar pronto, por favor? Ya no aguanto a este leonino metido, engreído y suficiente.”

—Aquí —indicó Bianca, y Gálvez detuvo el Peugeot frente al ingreso de su edificio.

Se preparó de prisa para descender. En las últimas cuadras, el encierro la había sofocado tanto como la presencia de Mr. Músculo, cuyo Sol en Leo la quemaba. Necesitaba retirarse para volver a armarse. Tenía la impresión de que se iba desintegrando o disolviendo, y le resultaba imperioso entender por qué. Alicia le habría recordado: “Es tu Sol en la Casa XII, que te vuelve hipersensible y permeable a todas las energías que te rodean. La meditación al atardecer es una buena herramienta para volver al eje y evitar la desintegración”.

Sin embargo, la meditación tendría que esperar. Se imaginaba el cuadro que la esperaba al traspasar la puerta de su casa.

—¿Te jodió que te preguntara por qué no estás preparada para cantar en la catedral? Disculpame —dijo, sin esperar la respuesta—. Posta que no lo hago por curioso o metido. A mí tampoco me gusta que me digan lo que tengo que hacer, ni que me pregunten por qué hago esto o aquello.



le provocó un aumento de las pulsaciones y, por supuesto, la infaltable sequedad en la boca. Necesitaba un caramelo. Y huir.

—Gracias por traerme —dijo, sin mirarlo mientras tanteaba la puerta.

Gálvez estiró el brazo y la abrió. Le rozó el vientre con el codo, y Bianca habría jurado que saltaron chispas en el punto de contacto, porque una suave y, al mismo tiempo, potente corriente eléctrica se disparó en varias direcciones; donde más la sintió fue en los pezones, que le cosquillearon como cuando estaba por indisponerse. La experiencia le resultó desconcertante, novedosa, impresionante. Camila se lo había explicado, pero, para ser honesta, ella no le había creído, segura de que se trataba de las ilusiones de una taurina romántica y venusina.

—Gracias por traerme —consiguió articular de nuevo, y al mirarlo fugazmente supo que el contacto tampoco había pasado inadvertido para él.

“¡Salí de aquí! ¡Ahora!”, le gritó su vocecita sabia.

Debería de haber recordado la frase de su tía Claudia, “Pian piano si va lontano”, porque en el apuro se le enredó la correa de la bolsa “colla” en los pies y algunos cedés cayeron al piso del automóvil. “¡Mierda!”

Sin dificultad, Gálvez volvió a estirar el brazo, que a esas alturas parecía medir dos metros y ser telescópico, y recogió la mayoría. Por supuesto, devolvérselos sin husmear no era una opción. Los revisó, uno por uno: todos tenían su nombre, Bianca Rocamora, y la pieza que había cantado. Era una práctica usual de la Mattei grabar a sus alumnas para después marcarles los errores.

Bianca hizo el intento de quitárselos, pero él los puso fuera de su alcance.

—¿Qué hacés?

—Creo que es obvio. Voy a escucharlos.

—Claro que no a todo. No te presto los CDs y Gálvez te va muy bien.

—Mañana te los devuelvo en el cole.

—No.

—Entonces, los escucho ahora.

Insertó uno en el equipo. Bianca esperó con el aliento contenido el inicio de la música. Era el aria La habanera. Había fallado en varias notas, pero él no se percataría.

L'amour est un oiseau rebelle,

que nul ne peut apprivoiser.

Et c'est bien en vain qu'on l'appelle,

s'il lui convient de refuser.

Se tranquilizó. Tan mal no lo había hecho. Aunque la profesora no lo hubiese admitido, del grupo, ella era la que mejor pronunciaba el francés y la que había cantado esa aria de Carmen con más pasión, quizá porque se identificaba con el espíritu libre de la gitana.

La tomó por sorpresa la actitud de Gálvez, que miraba el equipo con una seriedad reconcentrada inusual en él. Así como la risa le había iluminado las facciones, en reposo se destacaron las líneas suaves y delicadas de su frente, su nariz y sus labios. Muchas afirmaban que se parecía al actor William Levy, y sí, era en vano negarlo: se le parecía. ¿Y ella, la Pulga, como la llamaban en su casa, se enamoraba de semejante espécimen? Alicia tenía razón: con Venus en Sagitario, el centauro que apunta la flecha hacia arriba, en el amor siempre se fijaría metas difíciles de conseguir. “O tal vez la persona por la que te sentís atraída esté muy idealizada”, había agregado la astróloga. Fuera lo que fuese, idealizado o no, Sebastián Gálvez, el más lindo del colegio, del barrio, de la ciudad, del país (¿acaso no se parecía a William Levy, por Dios santo?), estaba fuera de su alcance, y punto. “A ver si bajás de la estratosfera en la que habita Acuario y ponés



perfecto. no puedo creer que esa voz saiga de ahí —dijo, y le apunto al pecho.

“Gracias, Mr. Músculo, por recordarme que soy bastante chata, no como Camila, cuya exuberancia deja bizcos a los varones y envidiosas a las chicas.”

—Cometí muchos errores —apuntó, mientras retiraba el ce dé del equipo y le quitaba los que él aún tenía en la mano, cuidando de no tocársela. “Basta de chispazos y descargas eléctricas por esta noche.”

—¡Y una mierda! ¿Qué errores?

—Fallé en varias notas. Vos no lo notás porque no sabés nada de canto lírico.

—¡Ey, Pulga! —Bianca dio un respingo y soltó un grito—. ¿Qué hacés aquí? —su hermana Lorena se asomó dentro del Peugeot, por el lado del acompañante, y clavó la mirada en Gálvez—. Hola —dijo, y le destinó una de sus sonrisas, las que derretían a un muñeco de nieve.

—Hola —contestó, sensual, Gálvez, y Bianca elevó los ojos al cielo. “Dios los cría y ellos se juntan.”

—Gracias de nuevo por traerme. Buenas noches —se despidió deprisa, e intentó descender del automóvil.

—Pulga, ¿no vas a presentarnos?

“¿Podrías guardarte el ‘Pulga’ en el bolsillo? Gracias.”

—Gálvez, esta es mi hermana Lorena. Lorena, este es Gálvez, un compañero del cole.

Lorena, haciendo gala de la flexibilidad de su cuerpo sin fallas, se estiró dentro del habitáculo para salir al encuentro del beso que Gálvez le plantó en la mejilla delante de los ojos de Bianca.

—¿Sólo Gálvez? ¿No tiene nombre, Pulga?



—No, y me comería una vaca.

—Buenísimo. Yo estoy llegando de la facu.

“Sí, claro, de la facu”, masculló Bianca.

—También tengo hambre. ¿Pedimos unas empanadas y unas cervezas?

“¿Que vomitarás apenas te lleguen al estómago?”

Bianca observó el intercambio con desapego, abrumada por la sensación de derrota, la cual, paradójicamente, la puso en movimiento: salió del automóvil, pasó junto a su hermana y caminó rápidamente hacia el edificio. Abrió la puerta y subió corriendo por las escaleras. No quería esperar el ascensor, no quería mirar hacia la calle, no quería verlos juntos.

Las presunciones de Bianca resultaron ciertas: su casa parecía un campo de batalla —juguetes, cuadernos, medias y zapatillas por doquier—, sus hermanitos estaban sin cenar, sin bañar, y su madre iba de la cama al baño, del baño a la cama, atacada por las náuseas. Moquito —así había bautizado Felipe, su hermano de cuatro años, al beagle, regalo de la tía Claudia— exigía su alimento con ladridos constantes. ¿Alguien lo habría sacado a pasear? No, claro que no.

Al poner pie en el departamento, sus cinco hermanos menores, cuyas edades iban desde los diez hasta los dos años, la rodearon y le hablaron al unísono.

—Mañana tengo que llevar un mapa político de la Argentina —anunció Pablo, el que pronto cumpliría once—. ¿Lo compraste?

—Juan Pedro me pegó porque yo quería ver el canal de Disney y él, no —se quejó Felipe.

llamaba Bianca, y Lourdes intentaba pronunciar Bianqui, mientras se arrojaba a sus rodillas y le impedía avanzar. La levantó en brazos y confirmó otra presunción: tenía el pañal cargado de pis y de otras cosas. Se preguntó por dónde empezar.

—¡A bañarse! ¡Todo el mundo!

—¡Ufa! —despotricó Juan Pedro.

—¡A bañarse! O se pueden olvidar de la cena.

—¿Y mi mapa?

—¿A esta hora te venís a acordar del mapa?

—Te mandé un mensaje al celular para que me lo compraras.

—No tuve tiempo de ver los mensajes. Mañana por la mañana te compro uno en la librería de la esquina, que abre temprano.

—¿Dónde estuviste hasta esta hora? —Pablo la miró directo a los ojos, una mirada cargada de suspicacia y con aire ofendido. Era muy apegado a Bianca y dependía de ella para todo, algo que la preocupaba—. Llamé a la tía Claudia y no estabas trabajando en el kiosco con ella.

—Estaba estudiando en lo de Camila —le dolía mentirle, pero no se arriesgaría: nadie de su familia debía enterarse de que estudiaba canto lírico o su padre terminaría por descubrirlo y se lo prohibiría. Solo Lorena y la tía Claudia lo sabían, pero confiaba en que jamás la delatarían; la tía Claudia, porque siendo una acuariana rebelde y archienemiga de su padre, la apoyaba; en cuanto a Lorena, no se atrevería a traicionarla: el secreto que le guardaba era tan estremecedor que se cuidaría bien de abrir la boca.

Como un sonido lejano, que nada tenía que ver con ella, escuchó la puerta del ascensor que se cerraba y las voces alegres de Lorena y de Gálvez. Suspiró y se puso en marcha. Sus hermanos la siguieron como si fueran la cola de un barrilete.



—Porque todavía no llegaron las empanadas, por eso. Cuando lleguen, vamos.

—¡Sí que llegaron! —replicó Martina—. Hace un ratito tocaron el timbre.

—Pero hay que calentarlas porque deben de estar frías.

—¿Y van a pedir helado?

—No sé, Feli.

En realidad, necesitaba hacer algo antes de que Gálvez conociera a sus hermanos. Colocó una camiseta liviana a Lourdes, la puso dentro de la cuna y ordenó:

—Martina, pasale el peine fino a Felipe. Está lleno de liendres.

—¡No, Martina no! Vos pasame el peine fino. Martina me hace doler.

—No le hagas doler, Martina, o mañana no vas al cumple de Lola, te lo juro. Juan Pedro, ponete las chinelas. Nadie sale de aquí hasta que yo vuelva. ¿Está claro?

—Sí —Pablo fue el único en contestar; con eso bastaba.

Cerró la puerta de la habitación y se quedó quieta en la oscuridad para ubicar los sonidos de la casa. El golpeteo de la vajilla y de los cubiertos le indicó que Lorena preparaba la mesa en el comedor. Su madre veía televisión en el dormitorio. Alguien estaba usando el baño de los invitados, el toilette, como lo llamaban; tenía que ser él.

Gálvez abrió la puerta y, antes de que atinase a apagar la luz, Bianca lo empujó dentro y volvió a cerrar. Si la situación no hubiese sido tan apremiante e insólita, habría disfrutado de la cara de estupor del William Levy argentino.

—Bianca, ¿qué joraca...?

—Escuchame bien, Gálvez. Nadie de mi familia sabe que estudio canto. No abras la boca, no insinúes nada, que no se te escape. ¿Está claro?

“Cualquier cosa”, recordó. “A los de Acuario puede pasarnos cualquier cosa. Ni qué hablar si el Ascendente también está en Acuario, como es mi caso.” Si no, ¿cómo se explicaba que el chico más bello que conocía, que le había robado el corazón años atrás, que hasta hacía un rato no sabía de su existencia, que ocupaba sus últimos pensamientos cada noche y los primeros de la mañana, se hallara confinado con ella en el toilette de su casa de dos metros cuadrados y la mirase con ojos tiernos?

Desde pequeña, en ocasiones, se apoderaba de ella un deseo incontrolable, lo disparaban las cosas más absurdas, y tenía la impresión de que sería imposible controlar el rugido de frustración que se le escaparía si no lo conseguía —una muñeca, un helado, un par de zapatillas, una salida al cine—. Varias cachetadas de su padre bastaron para aprender a domar el deseo y matarlo antes de que naciera. Gracias a la astrología, había comprendido que esa urgencia y ansiedad estaban impresas a fuego en ella. Alicia le había explicado: “Tenés Marte en Leo, lo que te convierte en una persona con muchos deseos y con una necesidad de que se cumplan ya; te vuelve impaciente. Si a eso le agregamos que tu Marte está en cuadratura con Plutón, los deseos se exageran y te dominan. Pero tu estructura saturnina tan fuerte te hace temer ese desenfreno y terminás por reprimirlos. Con un esquema así, por ejemplo, podrías hacerte monja para no ser prostituta. Y no quiero olvidarme de mencionar tu Luna en Capricornio, que te obliga a conformarte con poco, a no pedir nada.” Las energías de su carta se divertían poniéndose unas en contra de las otras. ¡Genial!

En ese instante, se habría dejado llevar por Marte, por Leo, por Plutón en cuadratura, y por Urano, el loco, y mandado a pasear a Saturno y a su Luna en Capricornio, con tal de saber cómo era besar al chico que amaba. Él la besaría a su vez, no porque la deseara — con la Claudia Schiffer argentina a pocos metros, ¿qué podía atraerle de ella?— sino a causa de su energía pisciana en el Ascendente, que lo convertía en un seductor por naturaleza, ansioso por complacer a todas para verlas felices. “Es muy duro amar a un hombre con Ascendente en Piscis”, había admitido Alicia. “¡No me digas!”



—Hacé una pregunta a la vez, Gálvez.

“¿Podrías pedirle a tu Mercurio en Leo, que encima está en la Casa V (la que se relaciona con el rey Leo), que se calle un momento? Habla demasiado.” El pensamiento le dio risa. La reacción de él fue automática: sus labios se desplegaron en la sonrisa más hermosa que ella le había visto. “¡Mio Dio!”

—Creo que es la primera vez que me sonreís. A veces creo que me odiás, Bianca —le tomó la mano, la misma con que ella lo había hecho callar, y se la llevó a los labios. Cerró los ojos antes de besarle una a una las yemas de los dedos.

—¡Ey, Sebas! ¿Dónde te metiste? —Lorena lo llamaba desde el comedor—. Las empanadas se van a enfriar.

Bianca retiró la mano y salió del toilette. Frenó de golpe. Sus cinco hermanos la observaban con curiosidad e inocencia.

—¿No les dije que me esperaran en el dormitorio?

—Martina me hizo doler con el peine fino.

—¡Mentira!

—¿Y estos? —escuchó la voz de Gálvez detrás de ella—. ¿Quiénes son?

—Somos sus hermanos —contestó Pablo, y se tomó de la mano de Bianca.

—Uno, dos, tres... ¡Cinco! Alguno tiene que ser un amiguito o un primo. ¡No podés tener cinco hermanos!

—Tiene seis —corrigió Juan Pedro—. Falta Lorena.

—¿Qué hacías en el baño con él?

—Nada importante, Pablo. Vamos a comer —dijo, y levantó a Lourdes en brazos.



—Tengo casi once. Y Lautaro, un amigo de mi hermana, me enseña karate.

—A mí también —agregó Juan Pedro.

—Lautaro también es amigo mío —les contó Gálvez, y recibió a cambio muecas desconfiadas.

Entraron en el comedor, y Bianca supo, al ver cómo se le endurecían las facciones perfectas, lo que Lorena diría a continuación:

—¡Ah, no! La pendejada no. ¿Qué hacen aquí? Son casi las doce de la noche. ¿Por qué están levantados?

—¡Tenemos hambre! —proclamó Martina.

—No cenaron —interpuso Bianca—. Acabo de terminar de bañarlos. Ahora tienen que cenar.

—Pues lo siento. Lo harán en la cocina.

—Vamos a la cocina —indicó Bianca.

—Coman acá, con nosotros —propuso Sebastián—. Estaría copado.

—¿Copado? —se escandalizó Lorena—. Sí, copadísimo. No way. A la cocina. Vamos, fuera de aquí.

—Quiero una empanada de jamón y queso —pidió Martina.

—Nada de empanadas para ustedes. Compré empanadas para nosotros. No van a alcanzar.

—¿Qué? —Bianca giró sobre los talones y fulminó a Lorena con una mirada que tuvo el poder de congelarla—. ¿No pediste empanadas para ellos?

—No —confirmó, con temor—. No sabía que...



—Ya mismo llamo por teléfono —dijo Gálvez, mientras apretaba los botones de un Blackberry último modelo— y pedimos más empanadas. ¿Cuántas pido? ¿Qué les gusta, chicos? ¿Carne, verdura, pollo...?

—Sebastián —habló Bianca, y esa palabra, expresada por primera vez en voz alta, una voz cargada de cansancio y dulzura, y que se propagó en el ambiente como una onda suave, afectó a los más grandes y a los más chicos por igual. Gálvez levantó la vista. Lorena detuvo el recorrido de la copa de agua a centímetros de su boca cargada de gloss. Los pequeños giraron las cabezas para observarla; incluso Lourdes detuvo la succión del chupete.

—No llames. Es tardísimo.

—Les pido que se apuren.

—Igualmente, tardarán como mínimo media hora. Y ellos están muertos de hambre y tienen que irse a dormir.

—Les doy las mías —ofreció.

—No way! —se enojó Lorena.

—¿Y qué van a comer?

—No te preocupes. Hiervo unas salchichas y hago un puré de caja.

—¡Yo quería empanadas! —lloriqueó Martina.

—¿Pidieron para mí?

—Sí, boluda, para vos pedimos.

—¿Cuántas?



Era tan emocionante verlo preocupado y en actitud servicial, tan poco frecuente también.

—¿No hay de jamón y queso o de verduras?

—¿No te gustan las de carne?

—Los más chicos no pueden comer carne molida. Es peligroso.

—Ah... No sabía. Pero pensé que las empanadas eran para vos.

—No, son para ellos, para que vayan comiendo mientras preparo las salchichas y el puré. Están muertos de hambre. ¿Hay de jamón y queso o de verdura?

—Sí, claro que hay. ¿Cuántas querés?

—¿Cómo cuántas querés? —intervino Lorena—. Ya dije que, para ella, hay tres.

—Dame una de verdura y dos de jamón y queso, por favor.

Gálvez regresó con las empanadas.

—¿En serio no querés más?

—Con estas me arreglo. Gracias —de manera deliberada evitó que sus ojos se encontraran antes de marchar hacia la cocina.

Bianca se mordía el labio para evitar que el llanto la doblase. Al igual que Tita, la protagonista de Como agua para chocolate, terminaría derramando lágrimas sobre el puré que estaba preparando, y sus hermanos, después de comerlo, chillarían a coro.

Se acordó de lo que Gálvez le había dicho en el baño durante ese instante compartido: “A veces creo que me odiás, Bianca”. La frase tenía connotaciones, a saber: significaba que, a veces, él la observaba y la estudiaba; que, a veces, él pensaba que lo odiaba; que



celestes.

Sentó a Lourdes en la silla alta y le dio de comer. Apenas picoteó la media empanada, que terminó engullida por Moquito. Necesitaba que finalizase el día, retirarse a meditar, a recoger los pedazos de Bianca que habían ido quedando en el camino.

Los sobresaltó el timbre del portero eléctrico y se miraron con desconcierto.

—¿Quién puede ser a esta hora? —se preguntó Pablo.

Lorena y Gálvez entraron en la cocina, contentos y sonrientes. Él la buscó con la mirada y, tras compartir un intercambio significativo, Bianca desvió la vista hacia su hermana.

—¿Qué pasa?

—Sebas compró helado en Freddo —explicó Lorena, y atendió el portero eléctrico.

—Compré para todos —aclaró “Sebas”, y los chicos gritaron de alegría—. ¿Creés que un kilo y medio va a alcanzar? —Bianca no tuvo tiempo de responder—. Pedí los gustos más clásicos. Dulce de leche, chocolate con almendras, frutilla, americana. No quise venir a preguntarles porque quería que fuese sorpresa. Bajo a buscarlo.

—Voy con vos —propuso Lorena.

—¡Yo quiero de chocolate y frutilla!

—¡Yo de dulce de leche!

—¡No, el dulce de leche es para mí!

—¿Qué te pasa, Pulga? —Pablo, dada su sensibilidad pisciana, había advertido la desazón que ella se esmeraba por disimular. Siempre había existido un vínculo especial entre ellos, tal vez porque, de todos los hermanos Rocamora, ellos eran los únicos “oscuros”, con el cabello de un profundo castaño y los ojos pardos.



—¿Del cole?

—Sí. Me trajo hasta casa.

—¿De lo de Camila?

—No, de otra parte, pero no puedo hablarte de eso. No ahora —Pablo asintió—. Nos encontramos con Lorena en la puerta y ella lo invitó a cenar.

—A vos te gusta, ¿no? —Bianca asintió—. ¿Te besó en la boca? —negó con la cabeza—. Él te quiere besar.

—¿Te parece?

—Sí.

—Y Lorena lo quiere besar a él.

—También.

Bianca se llevó el índice a los labios para indicarle que se callase al escuchar que su hermana y Gálvez regresaban. Se puso de pie para preparar las compoteras y las cucharas. Al menos, esa amarga cena terminaría con sabor dulce.

A propuesta de Gálvez, comieron el helado todos juntos, en la cocina. Lorena se ausentó, y Bianca supo que iba al baño, a vomitar las empanadas. En otra ocasión habría intentado impedirselo, pero no esa noche. Su hermana regresaría tan compuesta como se había marchado, y nadie notaría que había echado fuera cada gramo de alimento.

En efecto, regresó más bonita. Se había peinado, perfumado con la nueva fragancia de Givenchy, retocado el maquillaje y pintado los labios. Traía el iPad en la mano, su última adquisición tecnológica, y el Blackberry en la otra. El conjunto de camisa en tonalidad lavanda y falda de seda color chocolate de Carolina Herrera le realzaba las



Lorena se había reído.

Hizo un cálculo rápido y concluyó que su hermana tenía varios miles de dólares encima. Después estudió a Gálvez, también vestido con ropa de marca, y se acordó del Blackberry, del Peugeot y de lo que había gastado en empanadas y en helado (el de Freddo era carísimo), y se preguntó de dónde sacaría el dinero para costear sus gustos cuando, hasta pocos meses atrás, andaba contando los centavos.

—¿Qué gusto querés, Lorena?

“No te molestes en ofrecerle helado, Gálvez. No lo va a aceptar. Ya vomitó por esta noche.”

—No, gracias, Sebas. Tal vez más tarde. Comí mucho. ¿Tenés un pucho?

—Ni se te ocurra fumar aquí, frente a los chicos —la amenazó Bianca, y Gálvez devolvió el atado al bolsillo, con aire contrito.

—¡Qué plomazo que sos!

—Fumar da cáncer —expresó Martina.

—Y ser tan botona, te hace fea, que es peor que el cáncer.

Martina le sacó la lengua y pidió más helado.

—No, basta, no más helado —ordenó Bianca.

—¿Por qué no? —terció Gálvez—. Todavía queda.

—Con toda el azúcar que comieron, están más que alterados. Tienen carga para rato y no se van a dormir ni en diez años.

Como si deseara confirmar las palabras de su hermana, Lourdes aplaudió y soltó un chillido.



—¿Para qué querés que tu agente vea sus fotos?

—¿Para qué va a ser, Pulga? No ves el potranco que es. En la agencia, ninguno de los modelos son la mitad de lindos que él.

—No exageres, Lorena.

—En serio, Sebas. Hay cada bagayo. Vos les pasás el trapo a todos. Ricardo, mi agente, puede hacerte famoso y llenarte de guita.

“Llenarte de guita, seguro. Pero, ¿famoso?”

—¿En serio nunca pensaste en modelar? ¿Nadie te lo ofreció?

—Una vez, en Pinamar, gané un concurso en la playa, muy trucho, pero el que lo organizaba me ofreció sacarme unas fotos y hacerme un book. Le dije que no porque el tipo pintaba puto, y me daba asco.

—¿Qué es “pintaba puto”? —quiso saber Felipe.

Gálvez buscó a Bianca con la mirada, y ella pensó que lucía más lindo aún con esa mueca de turbación; su rostro había adoptado una belleza casi seráfica gracias al aire de arrepentimiento. Bianca no logró retener la carcajada.

—No preguntes huevadas, Felipe —lo amonestó Lorena—. Esta es una conversación de adultos, no te metas. ¿Ves lo copado que es estar con los pendejos?

—“Pinta” —le explicó Bianca— quiere decir “parece”.

—¿Y “puto”?

—No es una palabra linda, Feli. No la repitas. Se dice “gay” u “homosexual”.

—¿Y qué quiere decir eso?



—Sí —admitió Sebastián—, es muy copado. El año pasado me salvó la vida.

—Sí —dijo Juan Pedro—, lo vimos por la tele, y Pulga nos contó todo.

—¿Vos sabés karate? —le coqueteó Martina.

—No, karate no, pero Lautaro y yo estamos aprendiendo otra disciplina, Wing Chung.

—Wing Chung —repitieron Pablo y Juan Pedro.

—Sebas —los interrumpió Lorena—, ¿te pinta ir mañana a un desfile que tengo en el Unicenter? Así, de paso, te lo presento a Ricardo.

“¡Qué manía con ese chanta de Ricardo!”

—Y también me ves desfilar —añadió—. Me encantaría que estuvieras ahí.

—Dale.

“No va a ir, Lorena. Los Ascendentes en Piscis siempre dicen ‘te llamo, ‘te escribo’, ‘nos vemos’, y no cumplen. Son poco confiables. ¿No ves que ni siquiera te preguntó a qué hora es?”

—Es a las seis y media, en el patio de comidas.

—OK.

Moquito, echado a los pies de Pablo, levantó la cabeza y soltó un ladrido.

—¿Qué le pasa? —se interesó Gálvez.

—Está llegando papá —explicó Bianca, y vio que Gálvez miraba fugazmente la hora antes de abandonar su silla.

—Tengo que irme. Ya es tardísimo.



—Sí.

La respuesta le borró la sonrisa, y se quedó mirándola con deliberada seriedad y sin pestañear.

—¿Qué pasa? ¿Qué están chamuyando? —exigió Lorena.

—Vamos a la cama —dijo Bianca a sus hermanitos, que la abandonaron al sonido de las llaves y de la puerta que se abría.

Permaneció en la cocina, con Lourdes en brazos, atenta al intercambio entre Gálvez y Lorena, que le pedía el número del celular y le preguntaba si tenía Facebook.

—Buenas noches —saludó Pablo Rocamora padre, desde la entrada a la cocina, donde permaneció con gesto poco amistoso y la vista fija en el extraño.

—Papi —se adelantó Lorena—, te presento a Sebastián Gálvez, un amigo.

—Buenas noches, señor —Gálvez se acercó con la mano extendida—. Un gusto.

Rocamora se limitó a aceptar la mano extendida e inclinar la cabeza.

—Bianca, ¿por qué están tus hermanos levantados a esta hora?

—Llegue tarde y así los encontré. Mamá se sentía muy mal y no podía atenderlos.

—¿Por qué llegaste tarde?

—Estaba estudiando en lo de Camila.

—Que no se repita. Sabés que, con tu abuela de viaje y tu madre en su estado, tenés que estar temprano en casa.

—Sí, papá.



frecuentaba y con los que rezaba el rosario y meditaba el Evangelio. Al finalizar, cenaban juntos.

Bianca temía a Pablo Rocamora, cuyo sentido de la responsabilidad y del deber y la claridad con la que distinguía entre el bien y el mal solo servían para poner en evidencia que ella carecía de esas cualidades. Desde hacía un tiempo se cuestionaba las actitudes, incluso la personalidad de su padre, y había comenzado la tarde de la lectura de su carta natal cuando Alicia le dijo: “Tu papá es una figura muy fuerte. ¿Ves? Tenés Saturno en la Casa I, la de la personalidad, lo cual te convierte en una persona muy responsable, que quiere agradar al padre, cumplir con los cánones de la sociedad. Sin embargo, tu padre no es todo lo que parece. Además de Saturno, el Sol también representa al padre, y como tu Sol está en la Casa XII, la de los misterios, esto habla de que hay algo en él que no cierra.”

Era cierto, había un misterio en torno a ese hombre que en ese momento la castigaba con una mirada severa y la humillaba frente a Gálvez. La tía Claudia le había confesado que, cuando ella y Lorena eran chiquitas —Bianca, apenas un bebé—, sus padres se habían separado. Volvieron a juntarse tras cuatro años de distanciamiento, y empezaron a nacer sus hermanitos, uno tras otro. “Ese grupo de católicos de ultraderecha que tu papá conoció en el banco lo indujo a volver con tu mamá”, le había contado su tía. “Ellos no tendrían que haber vuelto. Mi hermano y Corina son el agua y el aceite. Pero divorciarse era pecado. Y también usar forros o tomar pastillas.”

—Bueno, señor... ¿Cómo dijo que se apellidaba?

—Gálvez, señor. Sebastián Gálvez.

—Pues bien, señor Gálvez, creo que llegó la hora de irse. Mañana todos tenemos responsabilidades que afrontar.

—Sí, señor.



Gálvez se volvió para despedirse de Bianca.

—Chau —se inclinó y la besó en la mejilla. Y se aprovechó del beso que le dio a Lourdes, cuya cabecita descansaba sobre el hombro de Bianca, para advertirle—: mañana, vos y yo vamos a hablar.

A la mañana siguiente, mientras Bianca se vestía a los apurones —tenía que ir a la librería a comprar el mapa para Pablo—, Lorena, sentada en la cama, hacía gala de una alegría y una locuacidad que no la caracterizaban a esas horas del día. Por cierto, ¿qué hacía despierta tan temprano? Ella no separaba los párpados hasta las diez.

—¡Qué divino es Sebas, Pulga! ¿Qué sabés de él? ¿Curte con alguien?

Habría contestado: “Con todas y con ninguna”, pero se limitó a sacudir los hombros. En realidad, no conocía la vida de Sebastián Gálvez más allá del perímetro del colegio, pues si bien era muy amigo de Camila, ella prefería no indagar.

—Es un caño total. Me hace acordar a alguien, pero no sé a quién.

“¿A William Levy?”

—¡Qué alto que es! Yo, con los tacazos que tenía, no lo pasaba. No veo la hora de verlo hoy, en el desfile.

“En tu lugar, yo no me haría ilusiones.”

—Pensé que me besaría anoche cuando nos despedimos. Pero no lo hizo. ¿Creés que yo le haya gustado? ¿Que sea su tipo?

—¿Por qué querés saber?

—modelar no me impide...

—¡Sabés bien que no hablo de tu trabajo como modelo! —era tan infrecuente la ira en Bianca que Lorena quedó boquiabierta—. Te hablo de lo que realmente te da el dinero para comprar todo lo que te comprás. Hablo de tu trabajo como prostituta.

—¡Bajá la voz! Y dejá de decir “prostituta” porque yo no soy eso. No soy un gato.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamarías a cobrar para que te usen para el sexo?

—Nadie me usa. Yo me acuesto con quien quiero. ¿Por qué debería hacerlo gratis? Ya que soy muy buena y los tipos disfrutan, que me paguen.

—¡Lorena, por favor!

—¡No me vengas con tu moralina! ¡Es demasiado temprano!

Bianca la miró con ojos desorbitados.

—Mirá, Lorena, por mí, podés acostarte con Bob Esponja y cobrarle. La verdad, no me importa. Pero te aseguro que Gálvez, que es muy vanidoso y orgulloso, no se lo va a bancar.

—No tiene por qué enterarse. Una cosa es mi trabajo, otra mi vida privada.

—No creo que él opine lo mismo.

—¿Y cómo va a descubrirlo? ¿Se lo vas a contar vos para quedártelo?

Bianca rio sin nada de alegría y sacudió la cabeza.

—Eras una chica inteligente, me acuerdo. Pero has usado tan poco el cerebro en estos últimos años que te has embrutecido. Solamente así se explica que no seas capaz de darte cuenta de que, poniendo en contacto a Gálvez con tu agente, que es tu proxeneta, no pases por alto el detallito, no pasará mucho antes de que lo sepa.



estudió antes de proponerle: “Si me das treinta pesos, te dejo que me beses”. La transacción fue rápida y nada desagradable, y consiguió lo que buscaba: irse. En taxi.

Sus primeros clientes fueron los chicos del colegio y los amigos de los chicos del colegio. Al principio, se limitaba a dar besos, tocar y dejarse tocar y hacer “petes” —costaban el triple de los besos— en los baños de los boliches, en los del colegio o en la casa de un cliente, si los padres no estaban. Las ganancias aumentaban, y Lorena se divertía. Compraba lo que su padre le habría negado y se daba gustos impensables para la economía familiar.

Su virginidad la vendió a un precio muy alto, dos mil dólares, uno sobre otro, y la compró el padre de uno de sus clientes cuando se enteró de por qué su hijo le pedía dinero cada dos por tres. Se trataba de un empresario cuarentón muy buen mozo, que usaba un Rolex y andaba en una cuatro por cuatro. Todavía era su cliente, y Lorena le tenía un cariño especial. También seguía atendiendo al hijo, aunque nunca juntos. Esas perversiones se las ahorra.

Bianca la descubrió una noche de Año Nuevo, en la quinta de uno de los amigos católicos d ...

¿Te gustó lo que leíste? ¡Disfrutá del libro entero!

Comprar en:

• Narrativa romántica

Compartilo:

